

ENVOLTORIO PAISAJÍSTICO

por Estanislao de Luis Calabuig

("Caminos a Santiago en Castilla y León". Edilesa, León.2004)

Terminaba la andadura por tierras de Castilla y León. Habían sido muchos los pasos, paisajes y paisanajes.

Después de un respiro, tras alcanzar la cima en O Cebreiro, y darle al cuerpo la merecida recompensa, repartida entre los pertrechos que aún se escondían en la mochila y los muchos que alegraban la vista y el olfato ofrecidos en el pueblo, llegaba la hora de recapitular. La mente dio rienda suelta a los recuerdos del Camino y se amontonaron con el vértigo que induce la ansiedad. Eran muchas las secuencias de las que quería dejar constancia. Todo parecía importante. Todo era importante. El hilo conductor del camino se proyectaba sin querer dejar nada de lado, sin pasar por alto ningún detalle. Los paisajes andados, vividos, sufridos o gozados, aparecían sinérgicamente colocados dando forma al conjunto que define la naturaleza. Entresacar lo más significativo, ensalzar lo espectacular, encarecer lo singular, o hacer patente lo escondido a la vista que no se acompaña del análisis meticuloso de la mirada, iba a ser una labor delicada y atrayente a la vez.

Compartir la experiencia con otros caminantes podría reafirmar los hitos evidentes o abrir nuevas perspectivas de opiniones, criterios y sugerencias de tramos sentidos, en tantas formas diferentes como sensaciones personales hubiesen participado del lento agasajo de un paisaje interminable. Volví a la cumbre que domina el valle mirando al Bierzo y esperé expectante el continuo goteo de aquellos que, como yo, finalizaban una etapa más en la vía hacia el campo estrellado donde se acaba la tierra. Quizá no fuera el lugar más adecuado al final de una larga y serpenteante cuesta, donde el cuerpo llega a golpe de resuello y piensa más en dar consuelo a sus apetitos, que en comentarios que bien pueden esperar a que el cuerpo se sosiegue. Aunque la mayoría cansados, los ojos de todos reflejaban satisfacción y algunos, que son los que me han ayudado en esta meditación sentida, no mostraron ni el más mínimo inconveniente en recrear sus memorias, gravadas a golpe de recuerdo en sus mentes o a punta de lápiz en un cuaderno de notas. Uno de ellos consultó el mapa para acordarse del punto exacto del tránsito a Castilla e inmediatamente después echó mano a un puñado de hojas numeradas, que fácilmente encontró en uno de los bolsillos laterales de la mochila. Miró una clave, buscó una página y leyó: Tras una suave loma donde el Camino se dibuja blanco y recto, bordeado de cultivos, se avista Redecilla del Camino. Al descansar en el altozano y ojear la guía, el caminante apreciará que ha entrado en Castilla y León, aunque sólo sea porque una raya en el mapa le señala un cambio. Recuerdo que dije haber echado la vista atrás y hacer balance de lo andado, de las jornadas pasadas. Sin duda sus recuerdos le invadieron de los paisajes pirenaicos, del esbozo del tajo calizo del río Irati camino del Aragón, puesto que entró por el valle de Aspe. Casi en sintonía, un economista francés, encaminado por Roncesvalles, nombró rápidamente los hayedos navarros, los viñedos riojanos, los cantiles de Nájera y tanto otros que se le agolparon a tal velocidad, que necesitó revisar sus notas para darles orden y secuencia.

Ahora quizá presumen que el paisaje está cambiando. Ante sus ojos se abre un panorama de amplias llanuras, de relieves suaves y ondulados con cultivos por doquier, manchones de robledales en las cimas e hileras ralas de arbolado siguiendo los cursos de los regatos, dejando a la izquierda, como telón de fondo, las cumbres de la Sierra de la Demanda, donde beben los nacidos del Tirón para el Ebro y el Arlanzón para el Duero, donde campea el corzo y planea el águila real.

Los pinos son cada vez más frecuentes, en manchas de cierta extensión y en rodales de plantones. Arañan las inclinadas pendientes calizas, cayendo sobre la vega del río Tirón, orlado de olmedas y choperas aún de buen calibre, que permiten adivinar lo que pudo ser de frondoso en su día. El fruto productivo se hace evidente al pasar junto a las serrerías de Belorado, y reparar en las pilas de madera en secaderos de tableros o pilotes y en los grandes montones de restos para leña.

Todos tenían claro que el paisaje cambiaba cuando se adentraron en los Montes de Oca, ascendiendo hacia el Puerto de La Pedraja, buscando el camino hacia la cuenca del Duero. Pinos y robles compiten ahora por la cobertura en un paisaje montano con fondos de prados, donde ocasionalmente las vacas pastan y seestean en vecindad con la fauna salvaje que esquiva la mirada humana, camuflándose entre la espesura como el corzo o el zorro, o en la nocturnidad como el jabalí. Bosque natural denso y maduro, intrincado y diverso, que contrasta con la homocromía y regularidad de las repoblaciones de pino silvestre, hasta que rompe el puerto y se aclara en panorámica hacia los paramos burgaleses.

Coinciden en que llegando a este punto es momento apropiado para darse un respiro, apagar la mochila y hacer una pausa, al menos para tomar la decisión del camino a seguir para llegar a Burgos, en una disyuntiva que buscará la vega del Arlanzón o enfocará sus pasos hacia la Sierra de Atapuerca. El lugar de descanso está fijado. La Fuente del Carnero, a la vera del arroyo Valdefuentes, brinda un espacio de quietud en forma de murmullo de agua a la umbría de una ladera cubierta de melojos. Las opciones parecen a la par demandadas y sus paisajes igualmente recordados. Por la izquierda los cultivos cerealistas se apoderan del panorama con abiertas llanuras en una amplia vega, demarcada por choperas que siguen el curso del río, y en los altozanos continúan la líneas de roble, que son sustituidas por carrascas en las solanas. Por la derecha bosques de melojos y repoblaciones de pino arropan a un camino de arena, embarrado en tiempo de lluvias, hasta el conjunto de San Juan de Ortega.

Pero cualquiera que tomara la decisión, el nombre de Atapuerca persiguió a los caminantes a lo largo de est tramo en recuerdo a los antecesores del hombre. A la vista de lo que iban observando, irían imaginándose como podría haber sido ese entorno trescientos milenios atrás, cuando os grupos preneandertales luchaban por la supervivencia de la especie. Sin duda las marcas del humano actual no estarían, pero el paisaje no sería tan diferente del que hoy da sombra a las excavaciones arqueológicas, con pastos más secos en los claros, praderías abiertas y frescas en los fondos de valles y riachuelos de agua clara custodiados por una fronda con una escala completa de verdes. Todo para permitir el mantenimiento de herbívoros y depredadores. La vitualla en forma de tranquilos pastadores debería ser segura para humanos y fieras, cuando durante tantos miles de años fue albergue de garantía para un número extraordinario de individuos de la saga humana. Cambios de clima provocaron el relevo de elementos vegetales y la sucesión de los ecosistemas. Cambios en la historia favorecieron la permanencia de uno de los mayores secretos mejor